

“El Arte de no Olvidar”

Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90

Nora Strejilevich - Catálogos – Buenos Aires. 144 Páginas.

A través del análisis de las novelas “Preso sin nombre, celda sin número” y la “La escuelita” de los argentinos Jacobo Timerman y Alicia Partnoy respectivamente, “Las manos en el fuego” del uruguayo González Bermejo, y entre las que incluye “Tejas verdes” y “Mis primeros tres minutos” de los chilenos Hernán Valdés y Emilio Rojas, Nora Strejilevich logra internarse y dar cuenta de aquella confusa zona del secuestro, la tortura y la desaparición, ese lugar del que nadie regresa y también por ello, imposible de arraigar en la memoria, recuperado sólo a retazos a través del acto narrativo testimonial como único recurso de recobrar la verdad, de los que pudieron escapar de aquella irrealidad del horror masivo, ese shock colectivo y brutal en el cual la memoria misma se descamina y se pierde; porque todas las distinciones de nuestro mundo colapsan y se confunden, ese espacio fuera del mapa oficial donde el poder experimenta con la condición humana, *el campo*, que no debe entenderse como un hecho aislado sino, como una de las claves de nuestro mundo contemporáneo. La partida destinada a borrar la identidad para inyectar vacío.

El devenir, la banalidad posterior en la que anida “el mal”, entre otras, pone de manifiesto la complicidad entre aquellas dictaduras y el proyecto capitalista “neoliberal”, el estrecho parentesco entre la exclusión exterminadora y la exclusión social posterior, el carácter de continuidad, donde lo ocurrido no es que no se repetirá, sino que sigue sucediendo, en tanto no se asuma que los juicios, no agotan el problema, porque la verdad tiene una consistencia no jurídica más allá del derecho, y no es que los juicios no deban realizarse, pero asumir la responsabilidad moral, tiene valor sí y sólo sí, se está dispuesto a sufrir las consecuencias jurídicas. Sólo a través de políticas guiadas por una exigencia ética que establezca distinciones mínimas para salir de esta zona gris en la que nuestra sociedad nada desde entonces, que pasó sin solución de continuidad de la tragedia a la farsa, harán posible que surja una simbología refundacional que incumbe a la sociedad en su conjunto y no sólo a los afectados directos; cuando del bloque de hielo, símbolo de la patria inmaculada que se instaló en España, ya no queda en la memoria ni el cubo para el último brindis y la justicia permite entrever el horror de los que no dejaron ni un mensaje, ni una palabra, ni siquiera un cuerpo.

Este libro no llega a conclusiones. No puede. No hay ciencia del dolor y la tragedia. Los sobrevivientes al testimoniar reconocen la derrota política - porque se asesinó una forma de ser en el mundo – pero se niegan a aceptar una derrota ética.

Roberto Rivera V.